

ESE JOVEN QUE TE HABITA... /

Edgardo Rivera Martínez

Te habías acostumbrado al enigma. No formulabas ya preguntas ni te extraviabas en conjeturas. Olvidaste el temor de las primeras veces, la estupefacción. Te habías acostumbrado, y era así como te acercabas al plateado cuadrángulo colgado del muro. Sí, ese espejo antiguo, de mediano tamaño, que un día bajó tu mujer del desván de la casa y colocó en la sala, pero que tú, al enviudar, llevaste a tu gabinete. Uno con el cristal ya un poco deslucido, y un dorado y hermoso marco, tal vez del siglo XVIII, que estaba en el desván donde tenías, cuando intentaste iniciarte en la pintura, tus lienzos, el caballete, la paleta, los colores y barnices. Lo tienes ahora un poco lejos de la ventana, cerca de los estantes con libros de arte que has ido reuniendo a lo largo de lustros.

No creías, por cierto, en toda la metafísica que se ha tejido en torno a los espejos, pues sabías que todos ellos no son más que placas de vidrio con un baño de azogue. Eso y nada más. Y habituado como estabas al misterio que encierra, no insistías en resolverlo, lo cual, por lo demás, no parece estar en tus manos. Te aproximabas, pues, a ese rectángulo, a cualquier hora del día, por ejemplo cuando estabas por salir a la calle y deseabas verificar tu apariencia, o cuando te desplazabas pensativo de un lado a otro por la estancia, o cuando te acordabas del secreto que alberga. Ibas, pues, y te contemplabas: la tez rubicunda, los cabellos grises, las mejillas plenas, la boca de labios gruesos y nariz de aletas sensitivas. Y algunas arrugas, como corresponde a tu edad. Los inquisitivos ojos del acaudalado comerciante en sedas y paños que has llegado a ser, a la par que ese aire de hombre cortés, incluso afable,

amante también, hay que decirlo, de ciertos lujos, como corresponde a tu fortuna.

Fue en su ilusorio espacio, una tarde de domingo, hará cosa de seis meses, donde surgió sin que nada lo hiciera presentir, aquello que tanto te ha intrigado. Dabas vueltas por la habitación, ocupada la mente en cierto asunto, y sucedió que al pasar por delante del vidrio te detuviste un momento. De pronto viste perplejo que por detrás de la cara que tan bien conocías se iba dibujando, poco a poco, como emergiendo de la penumbra, otra diferente, que se superpuso a aquella hasta ocultarla. Y desde allí, desde ese fondo oscuro, ese rostro te miró con extraña fijeza. Atónito, moviste la cabeza, pero esa efigie, que no era reflejo de la tuya, no replicó tu asombrado movimiento, sino que continuó allí, inmóvil, observándote. Era el rostro de un hombre muy joven, de ojos y cabellos negros, bien parecido, y, como reconociste estupefacto, idéntico en todo a la fisonomía que fue tuya hacía ya tantos años, mas ahora no animada como entonces, sino pensativa, melancólica. Una faz, en suma, por completo diferente de la del sexagenario que eres ahora. Estuvo allí por un momento, hasta que, como si se consumiera ya la energía que, por así decir, sostenía su presencia, se desvaneció poco a poco en el azogue, al tiempo que se dibujaba, otra vez, la imagen del hombre que hacía unos minutos se había detenido allí para mirarse.

Por un momento creíste haber sido víctima de una alucinación, de una extraña alucinación, y te acercaste una y otra vez al vidrio, e incluso lo palpaste. Te apartaste, después, y diste una vuelta por la habitación, y regresaste al cristal y aguardaste, pero en vano, pues esa fisonomía no volvió a mostrarse, y sólo viste, fidelísima en todo, la del turbado señor que se observaba. Acudiste entonces, aunque sin mucha esperanza, a los demás espejos que había en casa, pero no encontraste en ellos sino la misma y ansiosa figura del hombre ya de edad que eres. Desconcertado, decidiste dar una caminata para serenarte, por el parque contiguo a tu morada, a pesar del frío reinante. Fue un largo paseo, durante el cual, una y otra vez, acudieron a ti las mismas y asombradas preguntas. ¿Te habían engañado tus ojos? ¿Había sido una alucinación? Y si no lo había sido, ¿era aquel en verdad el rostro que fue tuyo en los

años de tu juventud? ¿Cómo se había quedado retenida allí tu figura, y conservada viviente, aunque fuese de ese modo casi fantasmático? ¿Cómo podía resurgir de ese modo? ¿Y por qué la fijeza penetrante con que te observaba? ¿Por qué se mostraba ahora y no lo había hecho antes? ¿Qué poder mágico tenía ese espejo? No supiste qué responder, y como no podías acudir a ningún amigo para que te explicase el misterio, porque te tomaría por loco, y menos aún pedirle que aguardara contigo, allí en tu gabinete, la posible repetición del hecho, pensaste por un momento en recurrir a un especialista, si los hay, en lo que llaman fenómenos paranormales. Pronto, no obstante, racionalista como eres, desechaste esa idea. Y de regreso a tu domicilio, ya de noche, preferiste no aproximarte al espejo, aunque te seguían asediando aquellas preguntas. Optaste, más bien, por esperar, pues estabas seguro de que tarde o temprano volvería a mostrarse aquella efigie.

Al día siguiente retornaste, pues, a tus quehaceres habituales, esforzándote en olvidar, en cuanto fuese posible, el recuerdo de aquella experiencia. De cuando en cuando, eso sí, al regresar a casa, te acercabas a ese cristal, sin que sucediera nada. Se te ocurrió incluso, una tarde entre otras, examinar con cuidado el vidrio, y, retirando por un momento el marco y la cubierta posterior, el azogue, en busca si no de una clave, al menos de un indicio que ayudase a aclarar lo que parecía indescifrable. Así lo hiciste, con el mayor cuidado, pero no encontraste nada que pudiera ayudarte en tal sentido. Devolviste, pues, el objeto a su estado y sitio anteriores, reconociendo que tu iniciativa había sido no sólo inútil, sino además ingenua, pues era obvio que lo acontecido no respondía a causas físicas ni materiales.

En algún momento, también, te rondó el pensamiento de que el origen de todo estuviese en tu mente. Resolviste, entonces, acudir a un psiquiatra conocido, y pretextando ciertos olvidos le pediste que te sometiera a algunas pruebas, con el fin de averiguar si ya se manifestaban en ti, por razón de la edad, señales anunciadoras, por mínimas que fuesen, de una esclerosis arterial en el cerebro, o peor aún, de la enfermedad de Alzheimer. Un poco sorprendido el galeno accedió, y luego de los exámenes del caso declaró que en ese aspecto gozabas de

excelente salud, e incluso te felicitó por ello. No te quedó, pues, más remedio que dejar otra vez que el tiempo siguiera su curso. Así fue, pero en ciertos momentos, cuando te hallabas en tu gabinete para leer o reflexionar, te sentías de pronto inquieto, como si alguien te vigilase, y tanto que en más de una ocasión fuiste a interrogar al azogue, pero sin que aquello que deseabas y al mismo tiempo temías se volviera a producir. Y retornaba entonces a ti la sospecha de que todo no habría sido, a pesar del diagnóstico de aquel médico, sino una delusión, provocada por especiales circunstancias, y que tal vez ya no se daría.

Transcurrieron de ese modo unas semanas, hasta que de pronto, mientras te mirabas una mañana en aquel vidrio antes de salir a tu trabajo, volvió a asomar, tras de la actual y verdadera, esa faz increíble. Sí, la del joven de ojos oscuros y cabellos largos, que una vez más te observaba con pensativa insistencia, y que incluso parecía esbozar –¿sería un engaño de tu imaginación?– una leve y curiosa sonrisa. Azorado estiraste las manos hacia el vidrio, pero la imagen se desvaneció como en la ocasión anterior, con más rapidez, como si temiese toda cercanía con aquel de quien era, a la distancia de muchos años, un retrato vivo pero inmaterial. Se desvaneció, pues, y cuando viste que sólo se reflejaba ahí tu faz actual, te fuiste a beber un sorbo de agua y a humedecer tus mejillas y tus sienes en el lavabo. Te sentaste después en tu sillón, olvidando las tareas que te esperaban en la oficina, tratando de ordenar tus pensamientos. Y la noche te sorprendió allí, reiterándose en tu mente las mismas y obsesivas preguntas: ¿Cómo era posible que en ese espejo emergiese de la nada la imagen del joven que fuiste, y sustituyera, aunque sólo fuera por brevísimo tiempo, a la del hombre que eres ahora? ¿Qué determinaba semejante aparición? ¿Por qué ella no se había mostrado antes, y ahora sí, a intervalos por lo visto impredecibles? ¿Cuándo tornaría a hacerlo? ¿Por qué disolvía, aunque fuera por unos instantes, la efigie del hombre real que se miraba? ¿Era un llamado del pasado? ¿Una invitación a la muerte? Interrogantes todas que, nuevamente, se quedaron sin respuesta.

Mas esta vez no fue prolongada la espera. No, sino que lo que deseabas tuvo lugar siete días después. Y duró incluso más tiempo,

quizá porque te abstuviste de todo gesto, de todo apremio en la expresión, y te limitaste, haciendo un esfuerzo, a observar esos ojos que a su vez te observaban, y los rasgos, la tez, el aire y la expresión meditativa de ese rostro, mientras que sus ojos hacían lo propio contigo. Se hallaban frente a frente, pues, el hombre que eres y el joven que fuiste, en una suerte de mudo y frustrado diálogo, salvando una distancia de décadas. Pudiste reconocer mejor la piel fresca, el brillo de los ojos, las líneas de los labios, y esa expresión entre interrogativa y melancólica, con un leve toque, tal vez, de ironía, rasgos que por entonces te distinguían. Pero llegó el momento en que ahora también la imagen de aquel joven se desvaneció poco a poco, como en esos efectos que se dan en el cine o la televisión, para dar paso a la del frustrado caballero que se había detenido a contemplarse. Tuviste, como era de esperar, otra noche de insomnio, durante la cual cavilaste por enésima vez en el enigma. Sí, aquel rostro era en verdad el tuyo, tal como era en esa edad dorada. Más aún, si lo considerabas bien, el del joven que pensaba en dedicarse a la pintura, en la que llegó a iniciarse por más de un año, y no al comercio, como deseaba tu padre. Recordaste con cuánto optimismo acudías a la academia de artes en que te inscribiste, y cuánta satisfacción te procuraron tus primeras obras, por más que su acabado fuese aún imperfecto. El placer con que visitabas museos y exposiciones, y leías libros de arte. Pero luego, por ciertos altibajos en la salud y en los negocios de tu padre, por consideración a tu madre y tus hermanos menores, y también por falta de carácter, cediste a sus instancias, y optaste por la vía más segura, aunque prosaica, del empresario. Decisión que, desde luego, te costó un gran conflicto interior, que poco a poco se aquietó, a la vez que asumías con mayor ímpetu la vía que habías escogido. Pasó el tiempo, fallecieron tus padres, tus hermanas se casaron y tu hermano fundó su propio negocio en una ciudad lejana. Te casaste con esa mujer hermosa y de gran sentido práctico que era Sofía. Te sonrió la fortuna y te hiciste mucho más rico de lo que fue tu progenitor. El único gran revés que sufriste fue la muerte de tu esposa, hace unos dos años. Y a lo largo de todo ese largo tiempo, sólo muy de cuando en cuando recordabas, con cierta y pasajera tristeza, la frustrada vocación de tus años mozos. Pero, ¿a qué pensar en ello, si tan bien te había ido por el camino que habías seguido?

Pero ahora resultaba que el muchacho que no alcanzó a ser lo que en verdad quería, había ido a instalarse en imagen en el espacio puramente virtual de ese espejo, que por años había estado, ya lo dijiste, en tu taller de aprendiz, y había asumido una suerte de vida latente, en una juventud sin término. Allí, tras del azogue, sin necesidad de ningún soporte, y al parecer al acecho del hombre en que te has convertido, quizás en espera de algo. ¿Especulaciones? Sí, seguramente, pero ¿qué otra cosa te quedaba?

También has imaginado, más de una vez, que ese rostro bien podría ser el del del hijo que quisiste tener y que tu mujer no te dio nunca. Tu hijo, joven ya, y en todo semejante a ti en esa edad, pero sólo en esa existencia virtual, y que desde esa nada visible se asomaba y en silencio te observaba interrogándose no sabes sobre qué. El hijo que no se habría traicionado a sí mismo, como hiciste tú, y seguiría su vocación. Será por ello, entonces, que experimentaste esa mezcla de desazón y sentimientos de culpa que por instantes su imagen te inspiraba, más allá del natural afecto. Sí, bien podría ser el hijo que no tuviste ni tendrás ya nunca, sin dejar de ser por ello el joven que fuiste. Pensaste varias veces en ello, y te dijiste que en tal caso sería como si tú fueras a la vez su padre y su madre, y habría crecido, virtual siempre, hasta ser el joven de la faz tan seria. Sí, ese hijo amado, tan lejano. Y esta idea te acompañó por unos días, pero luego la desechaste por absurda y retornaste a la primera, según la cual esa imagen era sólo y simplemente la de ti mismo, liberada en algún momento de su “modelo”, sustraída a la acción del tiempo, y habitando en esa especie de limbo.

Trataste de afirmarte, pues, en esta convicción, y te mantuviste a la paciente espera de una nueva aparición, cuyo retorno podía tardar días, semanas, acaso meses, e incluso no repetirse nunca. Y así, por ello mismo, te decías con insistencia que era inútil persistir en esas preguntas y que lo mejor era dejar que se respondiesen solas, si es que alguna vez lo hacían. Y por lo tanto no debías desatender tus quehaceres ni dejar de lado tus pocas distracciones, y aguardar sin ansiedad ese retorno. Y con esta y otras reflexiones regresaste a tus preocupaciones, mas no ya para mantener y acrecentar tu fortuna, como

ha sido hasta ahora, sino más bien, retomando una idea que acariciabas en los últimos años, para cerrar poco a poco tus negocios, y dedicarte así, finalmente, a la colección de libros raros y curiosos, todos de arte, que sin duda por afán compensatorio, has reunido a lo largo de años.

Y eso es lo que has venido haciendo, sin apuro pero también sin pausa, hasta el punto de que ya no te queda sino muy poco por arreglar y liquidar. Todo ello a lo largo de varios meses, en los que no has dejado de acercarte al espejo, siendo más espaciadas, pero se diría también más regulares, las reapariciones de tu rostro joven. También has reordenado tu casa, y reducido el personal de servicio, reservándote para ti solo la tarea de limpiar y ordenar tu gabinete. Asimismo ya no te afanas en adquirir nuevos volúmenes, y consagras largas horas a los que tienes, tanto a su lectura como a la contemplación de sus imágenes. Y se habría dicho que gracias a todo ello la faz que se asomaba al azogue te observaba no ya con la objetiva atención del principio, sino que se había hecho más cordial, afectuosa incluso, aunque sin abandonar jamás su callada reserva. Y tanto que por momentos le dirigiste la palabra, sin obtener jamás respuesta, claro está.

Y habrían continuado las cosas de ese modo, encaminándote a una vejez solitaria y avanzada, a su modo feliz, y acompañado por ese retrato “viviente” de otros tiempos, al que te has acostumbrado, si no hubiera sido por un pensamiento que anoche ha cruzado por tu mente y no te ha dejado dormir. Un deseo, más que un pensamiento. Sí, la idea de ir al encuentro de ese joven de trasmundo, allá en lo hondo del espejo, a la vez en el pasado y en el presente. Deseo que, lo presentes, se ha de hacer cada vez más apremiante, hasta convertirse en obsesión. Pero ese encuentro y reunión no serán posibles, bien lo sabes, si no franqueas la valla transparente que los separa a ambos, esto es, si no rompes ese cristal. Ese mágico cristal. Y hoy, esta mañana, has amanecido resuelto a dar en algún momento ese paso, aun si ello significa el fin de tu vida orgánica. Acabarán, entonces, contemplación, perplejidad y soliloquio, pero se abrirá otro modo de existencia, y en ese mundo volverás a ser tú mismo.